

CAPÍTULO DOS

La supervivencia tiene sus trucos... y sus accidentes

–Dame el más grande que tengas –le dije al chico del mostrador.

Mi voz sonó más firme de lo que realmente sentía. El dependiente, un chaval que no debía tener más de 30 años, se acercó impasible a una de las vitrinas y cogió un machete de 70 cm.

Me lo entregó por la empuñadura, sin prisa, como si aquello fuera lo más común del mundo.

Nunca había sostenido un cuchillo así y cuando lo tuve en las manos, me sentí incómodo. En ese momento, no pude evitar pensar que parecía un psicópata. Si estuviera en algún pueblo remoto de la selva amazónica brasileña, tal vez habría sido normal comprar algo de esas dimensiones. Quizás allí te los regalaban al abrir una cuenta en el banco, igual que aquí en España te dan una vajilla o un set de sartenes.

Pero, ¿qué tipo de persona compra un cuchillo de más de medio metro? Apostaría que la proporción de asesinos entre los compradores de estos artulugios es preocupantemente alta.

—Tenemos otros modelos, claro —dijo el dependiente con tono impasible—. Pero si lo que buscas es una buena pegada, este es el mejor. Nada se compara con él.

Su voz era tan neutral que parecía que esa mañana había vendido una docena. Cogí el machete con las dos manos y comencé a moverlo como si estuviera cortando algo. Hice un par de gestos balanceándolo en el aire, más para probar su peso que con algún objetivo claro en mente.

—¿Puedo cortar con esto árboles de este grosor?—le pregunté, haciendo con el dedo índice y el pulgar una circunferencia en el aire, como si estuviera midiendo el grosor de un tronco.

Sabía perfectamente que sí, que no tendría ningún problema en hacerlo, que con aquel arma podría haber llevado a un ejército a la victoria. Pero mi intención era más bien aligerar la atmósfera, la mía en particular, que se había vuelto más y más tensa con cada segundo que pasaba en la tienda.

Y es que en mi cabeza, aquel espadón sólo tenía dos posibles aplicaciones: esquilmar selvas tropicales o matar adolescentes en Crystal Lake (y estaba a 10.000 km de la selva más cercana).

—Por supuesto —me respondió—. Con eso puedes tumbar árboles del grosor de una pierna sin problema.

«¿De verdad ha dicho del grosor de una pierna?».

Volví a mirarlo, y dije sin pensarlo demasiado:

—Me lo quedo.

El dependiente no dijo nada. Parecía que estaba esperando esa respuesta. Y con un gesto automático, metió el machete en su caja, lo envolvió y me lo entregó.

–Suerte con lo que quieras hacer con él –bromeó.

«Si tú supieras...».

Después asentí con una sonrisa nerviosa y murmuré un “gracias”.

Ya tenía machete y estaba ansioso por ponerme a practicar con él. Lo saqué de la funda nada más llegar a casa y no pude evitar sonreír mientras lo sostenía; era un niño con un juguete nuevo el día de reyes. Y sí, es cierto que el hábito no hace al monje, pero ese esquilador de selvas me hacía parecer un poco “más superviviente”, me acercaba un paso más a Colombia y la sensación me encantaba.

Tanto fue así, que aquella tarde podé más de diez palmeras.

«Esto ha sido rapidísimo», pensé. «Si sigo a este ritmo, es muy probable que tenga dominado el cuchillo en unos días... ¿Quién dijo días? ¡Esto ya está controlado!».

Cuando tenía un buen montón de palmas, comencé a pelarlas. Si me daba prisa, tendría tiempo suficiente para montar un refugio, ¡y tal vez podría pasar allí la noche!

No habían pasado ni cinco horas y ya manejaba el machete como si hubiese nacido en la ciudad de Manaos, en plena selva amazónica. Lo deslizaba con energía, como si lo hubiera hecho mil veces antes. ¡Qué sensación! Parecía que estaba cortando mantequilla. «Machete, ¿dónde has estado toda mi vida?».

Pero me confié, me confié demasiado.

Fue tan rápido que ni siquiera supe qué había pasado hasta que ya era demasiado tarde. En un corte del cuchillo, el dedo pulgar

de mi mano izquierda se cruzó entre el tronco y la hoja, y pasó lo que tenía que pasar.

¡Shhhh!

No miré la mano, pero ya sabía qué había pasado. En un acto reflejo me metí el dedo en la boca para encontrar algo de alivio. Toqué la herida con la lengua y comprobé que el dedo seguía en su sitio.

Respiré aliviado.

El corte era profundo y sangraba mucho; notaba cómo la boca se me llenaba de sangre, pero al menos el dedo estaba allí. Todavía tenía cinco. «Dedo estúpido, ¿qué hacías ahí en medio?».

Cosas de la vida, mi padre andaba por allí ese día; de lo contrario, yo habría acabado en el hospital.

—Has tenido suerte —me dijo mi padre con cara severa—. La uña ha parado la hoja del machete. Si no llega a estar ahí, te habrías quedado sin un trozo de dedo. ¿Cómo te has hecho este estropicio?

—Estaba pelando unas hojas de palmera —le dije mientras mantenía la vista alejada de la herida.

Mientras me hablaba, preparaba un pequeño espacio para curarme el corte.

—Esto me recuerda a aquel verano cuando te destrozaste el dedo en la piscina. ¿Te acuerdas? —Y entonces presionó una gasa sobre la herida para detener el sangrado.

«¿Me destrocé el dedo? ¿Cuándo me he destrozado yo el dedo?».

Creo que lo dije en voz alta, porque mi padre no tardó en sacarme de dudas.

–Sí, cuando eras niño. Tendrías unos 12 años. Alguien te pisó el dedo en la piscina y te lo machacó contra las piedras del borde. ¿No te acuerdas?

Pensé un momento, y entonces me acordé.

–¡Claro, es verdad! ¡Lo había olvidado! –le dije.

Aquella anécdota de la que hablaba mi padre no habría sido relevante en una situación normal. Un niño de 12 años, una piscina, el alboroto del verano... Una herida más en el historial de cualquier chiquillo. Sin embargo, aquel año participaba en el Misteri d'Elx, una representación teatral muy popular en la ciudad.

–Menudo vendaje enorme que llevaba en el dedo. Jose, el del peporro me llamaron (QR 3).

El enorme “peporro” no sólo fue la comidilla de aquel verano, sino que acabó saliendo en una de las páginas centrales del periódico local. «Mira que había cosas interesantes a las que apuntar la cámara y tuvieron que hacerlo a mi dedo».

Mientras recordaba el incidente de mi juventud, no podía evitar que la cabeza se desviase y se nublase con lo que había pasado. Aquel incidente con el cuchillo me había dado una buena dosis de realidad (QR 4).

Me sentí torpe e ingenuo. «Si eso había pasado en casa, ¿qué no podría pasar en la selva?».

A pesar del incidente, aquella tarde monté mi primer refugio (QR 5). No pude llegar a probarlo esa noche, pero llamé a mi hermana para que viniese con los niños a verlo al día siguiente.



–Menudo refugio chulo te has montado –me dijo mientras le daba la vuelta con mi sobrino de tres años–. ¿Piensas dormir ahí?

–Tal vez esta noche. –Pero no llegué a dormir nunca en él. Hacía demasiado frío.





Sin duda, era un gran trabajo. Nunca un puñado de cañas, unas cuantas ramas de palmera y algunos tramos de cuerda de yute habían dado tanto de sí. Incluso había encendido una hoguera para darle más “ambientación”.

No era la selva, pero era lo más cercano que iba a estar antes de marchar a Colombia.

Eché más leña al fuego.

Mientras le explicaba a mi hermana el incidente del dedo, mi sobrino correteaba emocionado alrededor. Charlábamos tranquilamente de los pormenores del proceso de selección, del refugio, de cómo purificaría el agua, de qué comida encontraría en la selva o de qué esperaba encontrarme cuando llegase. Pero de repente, todo dio un giro inesperado.

Una ráfaga de calor me golpeó en la nuca. Me giré y vi con horror que el refugio estaba ardiendo. La hoguera había prendido las cañas y se había extendido a las palmas de techo. Las ramas crujían al arder, y el fuego se propagaba con una rapidez aterradora al resto del refugio.

Busqué con la mirada a mi sobrino y lo vi junto a mi hermana. Suspiré aliviado al ver que estaba a salvo.

Me lancé hacia el refugio sin pensar, e intenté desarmar lo que pude para evitar que el fuego alcanzara los olivos que estaban al lado. Fue inútil. El fuego ya había cogido fuerza y en cuestión de segundos, las llamas ya tenían varios metros.

No te puedes imaginar lo rápido que avanza el fuego cuando tiene un buen combustible.

«Por favor, que no se propague, que no se propague...», me decía mientras veía la escena con una mezcla entre incredulidad y angustia.

Miraba al enorme pino que había al lado. «Si se prende el pino, se extenderá a la casa». Cerré los ojos y creo que en ese momento llegué incluso a pedirle a Dios que acabara con aquello.



Me aparté del fuego, incapaz de controlarlo.

Nadie dijo nada. Nos quedamos en silencio, observando cómo lo arrasaba todo, y cómo poco a poco iba consumiéndose y dejando atrás un amasijo de cañas quemadas y un montón de cenizas (QR 6).

Todo había sucedido tan rápido, fue tan inesperado.

Aún en *shock*, me dejé caer al suelo, mirando en silencio los restos humeantes. Mi mente estaba completamente nublada, sin saber cómo procesar lo que acababa de ocurrir. Primero el dedo y ahora casi incendio la casa.

«Espero que en la selva vaya mejor».